

pensamiento se esfuerce por realizar esta conversión, más claramente se percibirá la auténtica realidad de Cristo. Y a esa luz quedará patente la realidad entera, y se verá transportada a la esperanza en la nueva creación» (p. 681). Es el propio Guardini quien, al principio del libro, llama la atención sobre otro libro —*La esencia del cristianismo*— que ayudará a comprender la dimensión de cuanto se dice en estas meditaciones, porque en él «se desarrollan categorías que operan en esta obra» (p. 33).

La introducción de A. López Quintás a esta edición merece una lectura detenida, pues, en su brevedad, presenta al lector con solvencia no sólo el origen de la obra, sino también su estructura y el propósito de Guardini al escribirla.

Lucas F. Mateo-Seco

Romano GUARDINI, *La esencia del cristianismo. Una ética para nuestro tiempo*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2002, 360 pp., 11 x 18, ISBN 84-7057-466-3.

El lector se encuentra ante dos obras, pequeñas y ágiles de Romano Guardini, que al mismo tiempo son muy valiosas y sugerentes. Testimonian, además, no sólo la coherencia y el núcleo inconfundible del pensamiento del gran teólogo, sino también, sobre todo la ética, su reacción antes las cuestiones dolorosas de la época que le tocó vivir.

Con respecto a *La esencia del cristianismo*, el propio Guardini advierte de su relación con *El Señor*. Ambas obras se complementan; podríamos decir que mutuamente se sobreentienden. La posición de Guardini es nítida y le basta una palabra para responder a la pregunta por la esencia del cristianismo: la esencia del cristianismo no es otra que Cristo. «Lo cristiano —leemos en la pá-

gina 103—es Él mismo (Cristo), lo que a través de Él llega al hombre y la relación que a través de Él puede mantener el hombre con Dios».

Se trata de una toma de posición netamente cristocéntrica, propia de quien en sus meditaciones sobre Jesucristo se acerca a Él con la firme convicción de que la fe cristiana se dirige directamente hacia Aquél que es, al mismo tiempo e inseparablemente, Jesús y Cristo (cfr. *El Señor*, Madrid 2002, 680). Él es la esencia de la religión cristiana de forma que todo —incluso el amor— debe estar re-dimensionado desde Cristo: «La tesis de que el cristianismo es la religión del amor sólo puede ser exacta en el sentido de que el cristianismo es la religión del amor y, a través de Él, del amor dirigido a Dios, así como a los otros hombres» (*La esencia del cristianismo*, p. 106). La radicalidad con que han de entenderse esta afirmación y otras parecidas encuentra su dimensión exacta cuando se tiene en cuenta cómo el propio Guardini señala al final de *El Señor*, que ese libro debe entenderse a la luz de la radicalidad con que se defiende la centralidad de Cristo en *La esencia del cristianismo* y, al mismo tiempo, en la advertencia preliminar a *La esencia del cristianismo*, advierte que este libro expone la categoría necesaria a *La imagen de Jesús, el Cristo, en el Nuevo Testamento* y *El Señor* hasta el punto de que ha de ser considerado como una introducción a estas dos obras.

Este horizonte no cambia en el otro libro que estamos presentando: *Una ética para nuestro tiempo*, a pesar de que utilice para el título el nombre de ética, que nos lleva directamente a la filosofía. Guardini advierte ya desde el principio que la mejor perspectiva para captar en sus justas proporciones cuanto dice sobre la esencia de la virtud o sobre algu-

nas virtudes concretas se encuentra en el epílogo, titulado significativamente *La justicia ante Dios*. Ya es significativo cuanto dice en el comienzo del epílogo sobre la moral en el Antiguo Testamento, es decir, sobre el Decálogo: «Nos inclinamos a considerar la ética del Antiguo Testamento como “natural” y a decir que la “sobrenaturalidad”, la asunción de la actividad humana en la actividad de Dios, se hace visible desde el Nuevo testamento. Pero no es así. Lo que se llama *justicia* en el Antiguo Testamento no lo entendería, por ejemplo, Platón, pues, según su núcleo no descansa en el ser de las cosas, ni en la seriedad de la conciencia decidida al bien, sino en una acción de Dios, esto es, el establecimiento de la Alianza en el Sinaí» (p. 342). Y al llegar al Nuevo Testamento, comentando el juicio universal (Mt 25, 35-40), escribe: «Si seguimos observando el acto de Dios que ha de decidir la historia y dar a toda la existencia su determinación válida para la eternidad, vemos que se establece el amor de Dios como canon para el enjuiciamiento del hombre. A su vez, este amor tampoco es el valor ético en general, tal como se desprende del carácter de la personalidad humana, sino el amor a Cristo, que se expresa y se desarrolla en todo acto de amor al prójimo» (p. 348).

Nuevamente Cristo como la esencia y como el centro, incluso en este libro cuyo título contiene el sustantivo *ética*. Guardini, que alude delicadamente a los dolorosos acontecimientos históricos previos a su redacción de *Una ética para nuestro tiempo*, subraya aquí que el conocimiento del bien es motivo de alegría; también siembra con generosidad visiones sugerentes sobre temas humanos que son de vigencia perenne, por ejemplo, las puntualizaciones que hace en torno al concepto de persona huma-

na y su relación con la llamada de Dios (pp. 355-358).

El lector encuentra en este pequeño libro, perfectamente editadas, dos obras de Romano Guardini, relacionadas con lo más nuclear de su pensamiento y cuya lectura sigue siendo grata y muy oportuna.

Lucas F. Mateo-Seco

Brendan LEAHY, *El principio mariano en la eclesiología de Hans Urs von Balthasar*, Ciudad Nueva, Madrid 2002, 192 pp., 15 x 22, ISBN 84-9715-025-2.

El libro es, en su origen, una tesis doctoral dirigida por el P. Ángel Antón. En esta publicación, el A. ha conservado su estructura, pero prescinde del aparato crítico. El libro gana en amabilidad, pero el estudioso desearía tener acceso directo y ordenado a los textos balthasarianos en que se presenta «el principio mariano», y tener también constancia de cómo fue entendido y aceptado en su época. El tema no carece de interés, ya que, en el universo de von Balthasar, el «principio mariano» no sólo indica la presencia de Santa María en la redención, o la dimensión mariana de la Iglesia, sino que se le considera como «principio constitutivo de la Iglesia» (p. 18).

En efecto, según Leahy, «von Balthasar presta particular atención a la interacción entre el principio mariano y el principio petrino: considera que son dos perfiles coextensos, en torno a los cuales se despliega toda la vida de la Iglesia. Su interacción está íntimamente ligada a la Iglesia como “unidad de los dos”, Cristo y su Esposa (...). Si Pedro es el punto de unidad externa, la comunión misionera encuentra su punto interno fundamental en el arquetipo